

Diversas visiones sobre la pobreza en México. Factores determinantes

Julio Boltvinik*

1 ¿Por qué el auge de la lucha contra la pobreza?

Hace apenas siete u ocho años, la pobreza no era un tema del que se ocuparan la prensa y otros medios de difusión masiva. Algunos gobiernos de América Latina — todavía en 1987-1988—veían con recelo incluso los estudios de medición y análisis de la pobreza. Los organismos internacionales le prestaban menos atención al tema que en la década de los setenta. Éstos y aquéllos estaban abrumados con la crisis de la deuda. Aunque a mediados de la década de los ochenta empezó a hablarse crecientemente del costo social de la crisis, había pocos esfuerzos para revertirlo.

* Profesor-Investigador, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México.

Hoy, en cambio, el panorama es diferente no sólo en América Latina sino a escala mundial. En 1995 se llevó a cabo en Copenhague la Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Social que pretendió poner el tema de la pobreza tan en el centro del interés internacional como lo está ya el del medio ambiente. El Banco Mundial está presionando a gobiernos de todo el Tercer Mundo para que lleven a cabo programas de mitigación o reducción¹ de la pobreza extrema. El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) ha venido impulsando la idea del *Desarrollo Humano* —que constituye la otra cara de la moneda de la superación de la pobreza— como una alternativa al mero crecimiento económico. Sus informes anuales sobre el tema han estimulado la discusión sobre el para qué y el cómo del desarrollo, proponiéndose, a mi juicio, servir de contrapeso a los del Banco Mundial, que a pesar de su interés por la pobreza, siguen evaluando el desarrollo de los países de acuerdo con el desempeño de las variables económicas.

En América Latina, la inmensa mayoría de los gobiernos, después de años de abandono relativo de lo social, tienen actualmente programas de lucha contra la pobreza. México es un buen ejemplo de este ciclo. En efecto, mientras en el periodo 1983-1988 se discontinuaron los esfuerzos de lucha contra la pobreza que se habían emprendido en los años precedentes (COPLAMAR y SAM) y no se iniciaron nuevos, a partir del gobierno de Salinas de Gortari se renueva el esfuerzo gubernamental en la materia con el programa Solidaridad.

El escenario optimista

¿Qué explica el inusitado interés mundial y latinoamericano en la lucha contra la pobreza? El mundo vive años de transformación vertiginosa: la globalización creciente de la economía mundial, el fin de la guerra fría, el derrumbe de las economías centralmente planificadas y su transición hacia economías capitalistas. Detrás de muchos de estos fenómenos está la revolución científico-técnica, cuya importancia es difícil de exagerar. El ser humano maneja cada vez menos materiales en forma directa. En lugar de ello diseña y programa el proceso de producción, incluyendo los robots, y se ocupa de la comercialización. *Las capacidades humanas se han convertido, cada vez más, en el factor estratégico de la competencia global.* El desarrollo de estas capacidades humanas pasa a ser el factor clave del poder económico, desplazando al capital, que a su vez había sustituido a la tierra.

¹ Se ha estado usando, a mi juicio equivocadamente, la traducción de *alleviation* como alivio. En realidad, cuando *alleviation* se usa asociado a pobreza significa reducción.

El sentido, profundamente alentador, que se encuentra en este cambio es que desarrollo económico y desarrollo humano de las mayorías *pueden*, por primera vez en la historia humana, dejar de contraponerse en la medida en que el desarrollo de las capacidades humanas se va convirtiendo en el requisito fundamental del desarrollo económico. La superación de la pobreza *puede* dejar de ser sólo una preocupación moral para convertirse en un imperativo económico.

Otro aspecto optimista se deriva de un rasgo de la naturaleza de las capacidades humanas: el grado limitado que su concentración puede alcanzar. Tanto la tierra como el capital han sido, dada su naturaleza, factores productivos viables de ser concentrados por unos pocos. El grado en el cual esto puede ocurrir con las capacidades-conocimientos es mucho menor. El advenimiento del nuevo factor productivo, por ello, ofrece la perspectiva de sociedades futuras más igualitarias.²

El triunfo prácticamente universal de la economía de mercado sitúa al sistema capitalista mundial, que por primera vez en la historia de la humanidad cubre la casi totalidad del globo terráqueo, paradójicamente, frente al espejo de su impotencia estructural para evitar la pobreza, para atender aquellas necesidades humanas que no se traducen en señales de mercado, por carecer sus portadores del signo monetario que las emite. Las fuerzas reales de las sociedades capitalistas se han visto obligadas a desarrollar formas de atención ajenas al mercado, contrarias a su lógica, para tratar de mitigar este mal. En la posguerra fría, la lucha contra este flagelo cobra otro cariz: en ello ya no está en juego vencer al comunismo, sino superar al competidor. Para esto se requiere fortalecer el nuevo factor estratégico de la competitividad: las capacidades humanas. El mundo ha quedado dividido ya solamente entre países ricos y pobres. Ahora, sin la carga ideológica que la confrontación con los países socialistas conllevaba, pero con la renovada carga de que en ello va en juego el vigor económico de sus naciones —y por lo tanto el nivel de vida de sus ciudadanos— la lucha contra la pobreza y por el desarrollo humano cobran una relevancia inusitada.

Otra consecuencia de la globalización productiva y del decreciente papel del trabajador directo en el proceso productivo es la importancia mundial decreciente de la fuerza

² Desde luego puede persistir un cierto grado de concentración de la propiedad intelectual. Sin embargo, ésta representa sólo una parte de los conocimientos requeridos para la producción, la otra está "incorporada" en los hombres que los dominan. Muchos conocimientos son no patentables. Además, es claro que más pronto que tarde empezarán las disputas sobre la propiedad intelectual entre el empleador y los empleados que la desarrollaron.

política y económica de la clase obrera. La radical transformación productiva; la robotización, o su alternativa práctica; la descentralización de la producción a países con costos más bajos de la mano de obra; la importancia decreciente de la producción de bienes en favor de los servicios y el desarrollo creciente de la pequeña y la microempresa, son algunos de los elementos que explican esta pérdida de fuerza de la clase obrera. La lucha obrera va perdiendo su papel central en el desarrollo y consolidación de las legislaciones sociales, lo que pudiera favorecer políticamente el desmantelamiento del Estado benefactor. Por otra parte, sin embargo, se han ido abriendo espacios para nuevas organizaciones de base, en las que el rasgo común de los participantes ya no es necesariamente su posición ocupacional, sino su sitio común de residencia, su pertenencia de género, sus problemas compartidos que, en buena medida, tienen como denominador común la pobreza. Parece que la distinción esencial entre las personas, al igual que entre las naciones, tiende a ser la de ricos y pobres.

A la acción de los factores globales se suman circunstancias específicas de América Latina, como la conciencia creciente del grave aumento que la pobreza tuvo durante la llamada década perdida; la generalización de gobiernos democráticos en la región, lo que ha abierto las posibilidades de expresión plural y ha creado la necesidad política de compensar los efectos de la crisis, so pena de perder las elecciones; la privatización, que crea las condiciones para que los "Estados empresarios" se transformen en "Estados que velan por la equidad", para usar una frase favorita del Ministro de Planificación de Chile durante el gobierno de Aylwin; el resurgimiento de la iniciativa de una sociedad civil (cualitativamente transformada) durante los años de crisis, que la ha fortalecido y ha multiplicado enormemente los interlocutores de los gobiernos.

No es extraño, pues, que en América Latina como en el mundo, el discurso de la pobreza esté desplazando parcialmente al de la política social. Este cambio tiene muchas implicaciones, no todas ellas positivas. Una positiva es que ciertos servicios (como salud) buscan otorgarse a cualquier ser humano sin tener en cuenta su posición ocupacional. En América Latina éste puede ser un cambio hacia una mayor equidad. Otro aspecto positivo es que el discurso de la pobreza, a diferencia del de la política social, obliga a integrar las políticas económicas y las sociales. Un aspecto negativo de este desplazamiento consiste, sin embargo, en que mientras las conquistas obreras se expresan como derechos estipulados en la legislación —sobre todo la laboral y la de seguridad social— los planteamientos corrientes de lucha contra la pobreza toman la forma de políticas más o menos discrecionales de gobiernos, no sólo en México, sino en todo el mundo. El pobre aparece no como sujeto de derechos, sino como receptor de transferencias a las que sólo puede corresponder con su voto. Donde acaba la ciudadanía empieza la caridad.

El escenario pesimista

El anterior es, sin embargo, el escenario optimista. Puede ocurrir, por el contrario, que se impongan las fuerzas del capitalismo salvaje, del darwinismo social que propugna la supervivencia del más fuerte en la lucha despiadada del mercado. El resultado sería sociedades segregadas en las que una fracción de la sociedad, altamente educada, participa plenamente de los procesos de la globalización, mientras la inmensa mayoría sobrevive apenas en actividades económicas de infrasubsistencia, cada vez más irrelevantes en términos macroeconómicos. Sociedades elitistas en las que las mayorías se vuelven "desechables". Más allá de los indicadores agregados de aumento en la pobreza y la concentración del ingreso, todos los días vivimos síntomas de estas fuerzas segregacionistas en América Latina. Desde la exterminación de niños de la calle hasta la segregación del espacio urbano latinoamericano: el barrio rico cada vez más bello y sofisticado, los barrios pobres cada vez más abandonados.

Un término, de cuño reciente, refleja vividamente la asociación de estas tendencias con la globalización económica: el "dumping social", el abatimiento de salarios, prestaciones y otras condiciones de vida para poder competir externamente. En estas circunstancias se pauperiza incluso una parte de quienes participan activa y directamente en el mercado global, agravando el esquema de segregación anterior.

Cuál de los escenarios, el optimista o el pesimista, prevalezca, dependerá de diversas circunstancias. Si las fuerzas del cambio fuesen tan intensas que involucrasen la totalidad o una proporción claramente mayoritaria de la fuerza de trabajo del conjunto de los países, el primer escenario podría ser el prevaleciente. La calidad de toda la fuerza de trabajo en cada uno de los países tendería a elevarse para hacer posible la competencia, para lo cual tendría que ofrecerse a todos un nivel de vida sin privaciones importantes, sin pobreza. La pobreza sería erradicada de la faz de la tierra como resultado de la competencia capitalista global. La remuneración de la fuerza de trabajo y sus prestaciones no serían ya factor determinante de la competitividad. Podrían ser altas en todo el mundo. El determinante fundamental de la competitividad sería la calidad de los recursos humanos.

Sin embargo, si la demanda de recursos humanos con mayores calificaciones representase sólo una fracción de la fuerza de trabajo del planeta, las tendencias de segregación y de *dumping social* tenderían a imponerse. Todos los países tratarían de aumentar su participación en las exportaciones por el camino fácil del *dumping social*. A fin de cuentas, se requeriría que sólo una fracción de la población mundial tuviese altas capacidades y sólo los miembros de esa fracción serían capacitados adecuadamente. La segregación se generalizaría, invadiendo crecientemente el campo de la educación.

2. Economía Política de las mediciones de pobreza

En algunas ocasiones se escuchan voces escépticas sobre la utilidad de las mediciones de pobreza. Estas voces suponen que la pobreza es un fenómeno muy obvio y visible y que resulta innecesario dedicar esfuerzos a su conocimiento. Son, por otra parte, personas que no dudarían de la importancia de las cuentas nacionales, de las estadísticas demográficas o de los indicadores de la contaminación. Es necesario responder a este escepticismo.

En primer lugar, como lo muestra la disparidad de resultados desplegados a lo largo del presente ensayo, el concepto de pobreza y, por lo tanto, su traducción en mediciones, no es evidente. El concepto y las mediciones de la pobreza han estado sujetas a una gran polémica, particularmente entre las visiones opuestas del enfoque biológico o de mera subsistencia y el de privación o pobreza relativa. Adoptar uno u otro tiene una enorme repercusión en los cálculos sobre la incidencia e intensidad de la pobreza e incluso sobre el signo de su evolución a lo largo del tiempo.

En segundo lugar, las mediciones de la pobreza constituyen un punto de referencia evidente de toda política tendiente a abatirla o a superarla. Conocer el volumen y características de la población pobre equivale a definir la población objetivo para tales políticas. Sin este conocimiento, y mecanismos de control adecuados, los esfuerzos corren el peligro de terminar beneficiando a grupos poblacionales diferentes. Tampoco resulta eficiente emprender acciones sin conocer las carencias específicas de los diferentes grupos de pobres, para lo cual son sumamente valiosos los métodos que, como el de medición integrada de la pobreza (MMIP),³ permiten clasificar a los pobres según la naturaleza de sus carencias. Igualmente, es fundamental entender la naturaleza multidimensional de la pobreza de algunos grupos de pobres, para apreciar el carácter insuficiente de los programas dirigidos exclusivamente a resolver algunas carencias. En tercer lugar, las mediciones periódicas (anuales por lo menos) permiten evaluar la efectividad de las políticas emprendidas.

El estudio de la pobreza puede hacerse por diversas metodologías, una de cuyas especificidades importantes es el uso de distintas variables para identificar a quienes son pobres. Además, dentro de una misma metodología (considerando la misma o las mismas variables) pueden definirse umbrales de pobreza (o normas de satisfacción mínima)

³ Para un desarrollo del MMIP véase Julio Boltvinik. "El método de medición integrada de la pobreza. Una propuesta para su desarrollo", México, *Comercio Exterior*, vol. 42, núm. 4, pp. 354-365.

diversas. Detrás del método elegido y de la forma y niveles a los que se definen los umbrales, subyacen concepciones diversas, rara vez explicitadas, de la pobreza. Puede haber, además, otras divergencias en el manejo de la(s) variable(s) observada(s). Por todas estas razones, los resultados de los diversos estudios realizados difieren enormemente, como se aprecia en la segunda parte de este ensayo.

Detrás de las diferencias metodológicas y conceptuales, pero sobre todo detrás de la fijación de umbrales, subyacen diferencias ideológicas profundas. En términos generales puede decirse que la fijación de umbrales es un acto político. Como ha dicho Nancy Fraser, no hay mayor poder sobre otra persona que definir sus necesidades. La fijación de umbrales de pobreza bajos conlleva una concepción minimalista de las necesidades humanas, su reducción a niveles de subsistencia biológica, casi equiparables a las de los animales. Ello contribuye, además, a legitimar niveles salariales bajos y, por lo tanto, altas tasas de ganancia. Pero también cumple una función apologética del orden social existente. Mientras más bajos son los umbrales fijados, más baja es la incidencia de la pobreza. A partir de diagnósticos en los que una fracción reducida de la población es identificada como pobre, se puede conceptualizar la pobreza como un fenómeno marginal o residual, susceptible de ser abatido mediante políticas y programas especiales, es decir, sin tener que modificar la política económica vigente. Umbrales más altos, que resultan en incidencias de la pobreza mucho mayores, obligan a poner en duda las políticas económicas vigentes. Las mediciones de pobreza suelen interpretarse como un juicio sobre las bondades del orden social. De ahí la enorme carga ideológica que conllevan.

El resto del presente ensayo se propone analizar críticamente las diversas estimaciones disponibles sobre la evolución y situación actual de la pobreza en México, dilucidando detrás de la diversidad el sentido del comportamiento del fenómeno. Esto se realiza en la tercera sección. En la cuarta se analiza la evolución de los factores determinantes de la pobreza.

3. La evolución y magnitud de la pobreza en México según diversos estudios

El cuadro 1 presenta una visión panorámica de los resultados en términos de incidencia de la pobreza (H) —porcentaje de la población considerada pobre— en diversos estudios sobre la magnitud de la pobreza en México. Los datos más lejanos disponibles se refieren a la década de los sesenta. Los dos estudios que calcularon la pobreza en 1968 y 1977 muestran un descenso entre ambos años, aunque mientras el que obtiene Hernández Laos es muy rápido, el de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) es lento.

Conviene aclarar que ambos estudios utilizan el método de línea de pobreza (LP), que define pobreza comparando el ingreso corriente *per cápita* del hogar con un monto mínimo de éste: la línea de pobreza. Una diferencia importante entre ambos es la manera como definen ésta y la línea de pobreza extrema. La CEPAL usa lo que en un trabajo anterior⁴ he llamado la variante de la Canasta Normativa Alimentaria (CNA), que se basa solamente en el costo de una canasta alimentaria y en las proporciones que los hogares gastan en alimentos y, por lo tanto, cuantifica la pobreza alimentaria. Hernández Laos define la línea de pobreza con base en la Canasta Normativa de Satisfactores Esenciales (CNSE), que contiene explícitamente rubros para todas las necesidades y mide la pobreza en general.⁵

Cuadro 1

Diversas estimaciones sobre la incidencia (H) de la pobreza (P) y de la Pobreza Extrema (PE) en México. (% de la población)

Autor y características	1963		1968		1977		1984		1989		1992	
	P	PE	P	PE	P	PE	P	PE	P	PE	P	PE
CEPAL (personas)			n.d.	n.d.	39.5	13.6	37.4	13.4				
CEPAL (hogares)			34.0	12.0	31.6	10.4	29.9	10.2				
INEGI-CEPAL							42.5	15.4	47.8	18.8	44.1	16.1
Hernández Laos-Boltvinik	77.5	69.5	72.6	56.7	58.0	34.0	58.5	29.9	64.0	n.d.	66.0	n.d.
Levy-Alarcón							81.2	19.5	79.3	23.6		
Banco Mundial							16.6	2.5	22.6	7.3		
Lustig-Mitchell I ²							2.3	0.4	6.7	1.1		
Lustig-Mitchell II ³							38.1	15.7	50.6	27.1		
Boltvinik (MMIP)									70.6	44.7		

¹ Los datos de 1968 corresponden al estudio CEPAL 70 (véase Oscar Altimir, 1979), mientras que los de 1977 y 1984 corresponden al estudio CEPAL-PNUD (1990).

² Con base en las líneas de P y de PE del Banco Mundial.

³ En base a las líneas de pobreza de COPLAMAR, utilizada también por Hernández Laos.

⁴ Julio Boltvinik. "La pobreza en América Latina. Análisis crítico de tres estudios" en *Pobreza 1994*. Tijuana, *Frontera Norte* (número especial), pp. 31-60.

⁵ COPLAMAR. *Macroeconomía de las necesidades esenciales*. México, Siglo XXI Eds., 1983.

Cuadro 2
Estructura de la pobreza en alta y baja densidad según diversos estudios.
(México)*

Estudio	Incidencia pobreza		Incidencia pobreza extrema		% del total nacional de pobres que vive en		% del total nal. de pobres extremos que vive en	
	Alta D	Baja D	Alta D	Baja D	Alta D	Baja D	Alta D	Baja D
CEPAL (1984)	30.2	50.5	7.5	24.1	52.1	47.9	36.3	63.7
INEGI-CEPAL (1992) ¹	36.7	54.9	9.6	25.6	53.3	46.7	39.1	60.9
Hernández Laos (1984)	49.6	76.1	20.0	52.9	59.4	40.6	47.0	53.0
Alarcón(1989)	70.7	92.8	11.8	42.1	54.4	45.6	31.2	68.8
Banco Mundial (1989) ²	14.1	27.9	n.d.	n.d.	56.5	43.5	n.d.	n.d.
Boltvinik (MMIP 1989)	61.7	85.0	34.1	61.8	54.0	46.0	47.2	52.8

En todos los casos, el año corresponde a la publicación más reciente.

¹ Población en localidades de menos de 15 000 habitantes y de 15 000 y más.

² El Banco parece haber corregido la fuente, pues sus estructuras poblacionales (72 y 28%) entre ambos medios corresponden al corte de 2 500 entre urbano y rural.

Entre 1977 y 1984 *H* continúa descendiendo lentamente según la CEPAL y se mantiene casi igual (un pequeñísimo incremento) según Hernández Laos. Así, según el organismo latinoamericano, *H* habría bajado desde el 34% de los *hogares* en 1968 hasta el 29.9% en 1984. Apenas 4.1 puntos porcentuales que significan una reducción del 12% en los 16 años transcurridos. En cambio, según el autor citado el descenso habría sido desde el 72.6 hasta el 58.5% de las *personas*, reducción de 14.1 puntos porcentuales, equivalentes al 19.4% del dato original.⁶

⁶ El hecho de que la CEPAL proporcione la *H* sólo en términos de hogares en 1968 obliga a calcular la evolución con esta base, lo que le resta comparabilidad con las cifras de Hernández Laos, expresadas en proporción de personas. Lo correcto es calcular la *H* siempre en términos de personas, puesto que los hogares no constituyen una unidad de medida homogénea. En general, los hogares pobres están compuestos por un mayor número de miembros, lo que hace que la *H* de hogares subestime la pobreza.

Tomando el periodo completo, ambos estudios observan un descenso significativo del porcentaje de pobres. Naturalmente las cifras son mucho más claras cuando se cuenta con un dato para 1981 o 1982, años que significan la finalización del auge. La CEPAL carece de tal cálculo, pero Hernández Laos ha estimado que en 1981 *H* habría descendido hasta 48.5%, casi otros 10 puntos porcentuales. Al cortar en 1981, año que precede a la crisis de la deuda externa, el logro alcanzado entre 1968 y 1981, periodo de 13 años, resulta muy impresionante: 24.1 puntos porcentuales de reducción, equivalentes al 33% de la pobreza original. Es decir, en 13 años la proporción de personas pobres se habría reducido en una tercera parte.

Hernández Laos calculó la pobreza también en 1963, año para el cual se cuenta también con una encuesta de ingresos y gastos, y obtuvo una *H* de 77.5%. Así, su serie 1963-1981 muestra una reducción desde el 77.5 al 48.5%, 29 puntos equivalentes al 37.4% de la cifra original. El periodo de crecimiento de la economía, que se inició al menos desde la Segunda Guerra, habría cerrado con una reducción muy significativa de la pobreza en los últimos 18 años. De contarse con estimaciones de la CEPAL para 1963 y 1981, es probable que la forma general de lo ocurrido se aproximase bastante más a la de Hernández Laos, teniendo un mínimo en 1981 de alrededor de 27 ó 28% de hogares pobres y un alza entre 1981 y 1984. Podríamos concluir, entonces, indicando que *los dos únicos estudios que cuentan con datos para los años sesenta y setenta coinciden en que en ellos se reduce la pobreza.*

Veamos qué ocurrió con la pobreza extrema según ambos estudios. Antes es necesario aclarar que la línea de pobreza extrema de la CEPAL es igual al costo de los alimentos crudos, mientras Hernández Laos toma el criterio de COPLAMAR, que cubre los rubros de alimentación (incluye combustible y la depreciación de los equipos y utensilios asociados a la preparación y consumo de alimentos), así como vivienda, educación y salud.⁷ Según nuestro autor, la pobreza extrema se habría reducido mucho más rápidamente que la pobreza en general, al pasar de 69.5% en 1963 a 26.1% en 1981, para luego aumentar a 29.9% en 1984. La reducción 1963-1981, de 43.4 puntos porcentuales, representa una disminución del 62.4% de la primera cifra, casi las dos terceras partes. Es decir, en 18 años se habría reducido la pobreza extrema a la tercera parte. Un logro verdaderamente espectacular. Aunque para 1984 habría aumentado a 29.9%, esta cifra aún representa 57% menos que la de 1963 y 47.3% menos que en 1968, de tal manera que en los años comparables con los utilizados por la CEPAL, la pobreza extrema se habría reducido a prácticamente la mitad.

⁷ COPLAMAR. *Op. cit.*

En agudo contraste, para la CEPAL sólo hay una reducción de 1.6 puntos (13.3%) entre 1968 y 1977 y casi total estancamiento después. Nótese que los niveles de incidencia de pobreza de la CEPAL en 1977 y 1984 (personas) no están lejos de los de pobreza extrema de Hernández Laos. Esto es así porque la línea de pobreza extrema de este último se encuentra por arriba de la de pobreza de la CEPAL (véase cuadro 3).⁸ Esto significa que no podemos comparar los resultados de pobreza extrema de Hernández Laos con los de CEPAL, ya que la diferencia de criterio es demasiado grande. La línea de pobreza extrema del primero es 2.6 veces la del segundo en 1984, diferencia más aguda que la de pobreza: 2.2 veces. No hay consenso sobre la evolución de la pobreza extrema debido, en parte, a que no hay consenso sobre lo que la pobreza extrema (y la pobreza) son.

Cuadro 3
Líneas de pobreza y de pobreza extrema, per capita mensuales
utilizadas en diversos estudios. México (a precios de junio de 1984)

Estudio	LP	LPE	LPBLP %	% del renglón 5		LPER/ LPEU %	LPR/ LPU %
				LP	LPE		
1. CEPAL 77-84 (urbana)	6,705	3,353	50.0	45.5	38.4	83.4	72.9
2. CEPAL 77-84 (rural)	4,888	2,796	57.2	33.2	32.0		
3. INEGI-CEPAL (1984) urbana* 4.	9,938	4,969				85.2	74.5
INEGI-CEPAL (1984) rural*	7,408	4,233					
5. Hernández Laos-Boltvinik	14,743	8,740	59.3	100.0	100.0	100.0	100.0
6. Levy-Alarcón	13,084	3,124	23.9	88.7	35.7		
7. Banco Mundial- urbana**	3,753	1,876	50.0	28.7	24.2	72.9	72.9
8. Banco Mundial- rural**	2,738	1,369					

Pendientes de ajustar a junio de 1984: deben estar a precios del tercer trimestre. ** Pendientes de ajustar a junio de 1984, están a precios de diciembre de 1983-febrero de 1984.

⁸ Enrique Hernández Laos. *Crecimiento económico y pobreza en México*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992. Y del mismo autor véase "La pobreza en México". México, *Comercio Exterior*, vol. 42, núm. 4, abril de 1992, pp. 402-411.

Debe notarse que ambos estudios, a diferencia de otros que se presentan en el cuadro 1, ajustaron los datos de los ingresos de los hogares de las encuestas para hacerlos consistentes con cuentas nacionales. Las encuestas en casi todos los países subestiman ampliamente los ingresos de los hogares, pero el fenómeno es particularmente agudo en México.

Ambos deben considerarse estudios serios y cuidadosos. Aunque una evaluación detallada de sus resultados rebasa el marco de este trabajo, es importante señalar que la serie CEPAL deriva en realidad de dos trabajos distintos: el primero aporta el dato para 1968 y lo podemos llamar CEPAL 70;⁹ los datos de 1977 y de 1984 provienen del estudio CEPAL-PNUD 1990 y 1992.¹⁰ Esto introduce entre los datos de 1968 y los otros dos algunas particularidades que es necesario tomar en cuenta. Por una parte, y éste es el punto más importante, la canasta alimentaria utilizada para 1977 y 1984 es 53% más cara que la de 1968 (valuadas ambas a precios de 1988), en virtud de un mayor peso de los alimentos de origen animal.¹¹ Aunque esto refleja parcialmente una evolución real de los hábitos alimentarios, y en este sentido es correcto que las canastas alimentarias reflejen el movimiento de las dietas socialmente promovidas, una parte importante —lamentablemente imposible de calcular— se debe a un cambio de criterio entre los dos estudios. Además, hubo entre ambos otro cambio importante: en CEPAL 70 la variable de los hogares que se comparó con la línea de pobreza fue el *consumo*, mientras en CEPAL-PNUD se utilizó el *ingreso*. En general, los hogares de los deciles inferiores tienen niveles de consumo más altos que su ingreso (desahorran), por lo que se encontrará más pobreza si se utiliza el ingreso que el consumo en este nivel (*vgr.* Hernández Laos, que calcula ambas magnitudes—las que hemos presentado son las basadas en el ingreso— en 1984 encuentra 29.9% de pobreza extrema con ingresos, pero sólo 23.8% con consumo; diferencia que, sin embargo, no se mantiene con la pobreza no extrema).

Las dos diferencias anotadas entre los dos estudios de la CEPAL actúan en el mismo sentido, por lo cual si se recalculase la pobreza en 1968 con la misma metodología utilizada para 1977 y 1984, se encontraría mucho más pobreza y también mucho más pobreza extrema que la reportada en CEPAL 70. En ese caso la evolución de la pobreza, y sobre todo de la pobreza extrema, tendría tendencias más parecidas a las que encuentra

⁹ Oscar Altimir. *La dimensión de la pobreza en América Latina*. Cuadernos de la CEPAL núm. 27, 1979.

¹⁰ CEPAL-PNUD. *Magnitud de la pobreza en América Latina en los años ochenta*. Santiago de Chile, CEPAL, 1990 y 1992.

¹¹ Véase CEPAL-PNUD. *Op. cit.*, 1990. También Luis Beccaria *et. al.* *América Latina: el reto de la pobreza. Características, evolución y perspectivas*. Bogotá, 1992.

Hernández Laos (nótese que éste usa la misma canasta para todo el periodo). Por lo tanto, podemos concluir que hasta principios de los años ochenta la pobreza y la pobreza extrema en México se reducían rápidamente.

Sin embargo, después de 1981 hubo un brusco cambio de tendencia, por el cual la pobreza no sólo dejó de disminuir sino que empezó a aumentar aceleradamente. Como se dijo antes, la CEPAL carece de una estimación para 1981; pero según Hernández Laos, entre 1981 y 1984 la pobreza aumentó en 10 puntos porcentuales, alcanzando 58.5% en el segundo año, lo que significaría una tasa media anual de crecimiento del 6.5%. El porcentaje de pobreza en 1984 es ligeramente superior al de 1977. Entre 1984 y 1989 el consenso en los estudios que llevan a cabo el ajuste a cuentas nacionales es que hubo un aumento importante de la pobreza. Según INEGI-CEPAL,¹² ésta habría aumentado de 42.5 a 47.8%, mientras el Banco Mundial situaría el cambio de 16.6 a 22.6%. Yo estimé, siguiendo la misma metodología que utiliza Hernández Laos, que la pobreza habría pasado de 58.5 a 64%. Lustig y Mitchell¹³ también llegan a la misma conclusión: la pobreza habría pasado de 38.1 a 50.6%. Independientemente de las agudas diferencias de niveles, el consenso es muy claro: la pobreza aumentó entre 1984 y 1989 y lo hizo rápidamente.

Aunque entre 1989 y 1992, en contraste con el periodo anterior, el Producto Interno Bruto (PIB) creció más rápido que la población, la diferencia fue pequeña, por lo que el ingreso *per cápita* aumentó muy poco, y dado el deterioro en la distribución del ingreso monetario observada entre esos años, la pobreza debe haber aumentado también, pero menos rápido que en los años anteriores. En este periodo no hay más que dos estimaciones: la de INEGI-CEPAL y la mía. Ambas son contradictorias. Sin embargo, el trabajo INEGI-CEPAL comete errores muy graves que invalidan sus resultados.¹⁴

Mis estimaciones se basan en los siguientes argumentos. La clave está en determinar si el ingreso real de los deciles 5, 6 y 7 continuó deteriorándose. Con datos de las

¹² INEGI-CEPAL. "Magnitud y evolución de la pobreza en México 1984-1992. Informe metodológico". Aguascalientes, INEGI, 1993.

¹³ Nora Lustig y Ann Mitchell. "Poverty in times of austerity: México in the 1980's". Ponencia presentada en la XII Reunión Latinoamericana de la Econometric Society. Caracas, 1994.

¹⁴ El más grave de todos es que asume una disminución constante entre 1984 y 1989 y nuevamente entre 1989 y 1992 de la proporción de la población urbana, algo así como un proceso de desurbanización o ruralización del país. Dado que utiliza una línea de pobreza sustancialmente más alta en el medio urbano que en el rural, la ruralización del país haría disminuir la pobreza incluso a la luz de ingresos constantes de la población. Véase J. Boltvinik. "La evolución de la pobreza en México entre 1984 y 1992, según INEGI-CEPAL". México, *Sociológica* núm. 29, 1995, pp. 11-40.

ENIGH 89 y 92, sin ajustar a cuentas nacionales, en un estudio de 1994 analicé esta evolución.¹⁵ Este análisis será válido en la medida en que ambas encuestas hayan subestimado el ingreso de estos deciles en la misma proporción o que al menos la de 1992 no subestime este ingreso en mayor medida que la de 1989. El ingreso total por hogar del decil 5 creció 2.1% en los tres años, el del decil 6 en 2.6% y el del decil 7 en 4.3%. Sin embargo, al analizar los componentes monetario y no monetario, observamos que *el ingreso monetario por hogar de los tres deciles disminuye en términos reales: en 6.3% en el decil 5, en 3.1% en el 6 y en 5.4% en el 7*. En contraste, el ingreso no monetario por hogar en términos reales (deflactando por el índice general del INPC) creció en forma explosiva: 30.8% en el decil 5, 22.4% en el 6 y 41.9% en el 7. Es decir, es el ingreso no monetario, cuyos problemas he analizado exhaustivamente en un trabajo anterior,¹⁶ el que crece y explica el crecimiento del ingreso total de estos deciles.

Una corrección sencilla consiste en deflactar el alquiler imputado de la vivienda de 1992 con el índice de precios de la vivienda en lugar del general. Si además se eliminan los ingresos por regalos —por lo antes apuntado—, el ingreso total por hogar entre 1989 y 1992 en los *deciles* que venimos trabajando cambia de signo y se reduce. *Al aplicarlas dos correcciones —la manera de deflactar y la eliminación de los regalos en ambos años— el ingreso total por hogar en los deciles 5, 6 y 7 se reduce entre 1989 y 1992 en 3.1, 2.7 y 1.6%, respectivamente*. Por lo tanto, con las reservas del caso, *la pobreza entre 1989 y 1992 debió aumentar, aunque en una proporción pequeña: de 64 a 66%*. Nos estamos acercando a los niveles de los sesenta. Por lo pronto, hemos rebasado con mucho los niveles de pobreza de 1977, haciendo que en materia de lucha contra la pobreza la década perdida no sea una sino dos, y muy pronto tres.¹⁷

¹⁵ Julio Boltvinik. "La satisfacción de las necesidades esenciales en México en los setenta y ochenta", en Pablo Pascual y José Woldenberg (Coords.). *Desarrollo, desigualdad y recursos naturales*. México, Cal y Arena, 1994, pp. 99-175.

¹⁶ Los dos problemas principales del ingreso no monetario en el análisis de la distribución del ingreso y de la pobreza son: por una parte, el concepto incluye los regalos recibidos, pero no excluye los regalos otorgados, por lo que sobreestima el ingreso. Por otra, a partir de 1988-1989 hubo un aumento muy rápido en los precios relativos de los bienes inmuebles, que distorsionan la evolución del ingreso no monetario cuando la deflactación de éste se hace con índices generales de precios.

¹⁷ Un grupo de estudiantes del Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM) calculó la incidencia de la pobreza en México en 1992 —con base en los datos publicados de la ENIGH 92, siguiendo la metodología de la CNSE y realizando el ajuste a cuentas nacionales con el mismo procedimiento aplicado a las encuestas de 1963 a 1984 por Hernández Laos. El resultado es una incidencia de 65.2%, que viene a confirmar el cálculo presentado. Véase Jana Boltvinik, Jorge Creixell, Mari Carmen Díaz, *et. al.* "Estimación de la pobreza y la pobreza extrema en México. Ajuste a cuentas nacionales 1992", México, 1992, inédito.

Detrás de los datos del cuadro 3 están tres criterios que determinan las líneas de pobreza: 1) La pobreza relativa concebida como insatisfacción de necesidades básicas en un sentido amplio, adecuado a las normas de los organismos internacionales de tipo sectorial como la FAO, la OMS, la UNESCO, Hábitat, y a las declaraciones de derechos humanos, que se refleja en las líneas de pobreza utilizadas por Hernández Laos y Boltvinik y por Levy y Alarcón,¹⁸ todas ellas derivadas de la CNSE de COPLAMAR; 2) La pobreza alimentaria relativa de CEPAL y de CEPAL-INEGI, que si bien considera los alimentos solamente, se basa en dietas observadas entre población no pobre y 3) La pobreza alimentaria absoluta, lo estrictamente necesario para no morir, en la línea de pobreza (LP) del Banco Mundial. Dada la fuerza internacional que tiene esta última institución, conviene dedicar algunos párrafos a analizar qué significa la línea de pobreza que usa para México.

¿Qué significa la pobreza medida por la línea arbitraria de pobreza utilizada por el BM de 60 dólares de paridades de poder adquisitivo (ppa) por persona y por mes?¹⁹ Una idea general de lo que significa un dólar de ppa puede obtenerse del hecho que para numerosos países de América Latina cada dos dólares de ppa representaban, aproximadamente, un dólar de tipo de cambio de mercado en 1990. Una idea más precisa puede obtenerse de los valores de estas líneas en monedas nacionales, valores que el BM proporciona.²⁰ Analicemos el caso de México. La línea de pobreza de 60 dólares (ppa de 1985) equivale a un ingreso, en pesos corrientes de junio-agosto de 1989, de 75 600 pesos mensuales *per cápita*. Para una familia de cinco personas el monto requerido sería, por lo tanto, de 378 mil pesos al mes, lo que correspondía a 41.3 días de salario mínimo del Distrito Federal. Es decir, si en el hogar promedio de 4.93 personas —según la ENIGH 89— en el cual trabajan en promedio 1.63 personas, todos ellos lo hicieran a cambio de un salario mínimo, el ingreso del hogar sería de 448 mil pesos, casi 20% arriba de la LP y 2.4 veces la línea de pobreza extrema (LPE), ambas del BM. Por lo tanto, incluso con el nivel promedio de participación en la Población Económicamente Activa (PEA) y con niveles de salario mínimo, la familia mexicana de tamaño promedio no sería pobre en 1989 de acuerdo con los patrones del BM. Por lo tanto, nuestros 1.63 ocupados se podrían emplear por la mitad del salario mínimo y todavía no ser pobres extremos. Los salarios mínimos reales de 1989 eran aproximadamente el 50% de lo que fueron en el periodo 1976-1981 (en otros términos,

¹⁸ Santiago Levy. *Poverty Alleviation in Mexico*. Washington, Banco Mundial, 1994. Y Diana Alarcón. *Changes in the Distribution of Income in Mexico and Trade Liberalization*. Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte, 1994.

¹⁹ Los dólares de p.p.a., a diferencia de los dólares al tipo de cambio de mercado, reflejarían, en principio, poderes adquisitivos iguales en todos los países.

²⁰ Banco Mundial. *Poverty and Income Distribution in Latin America. The story of the eighties*. Washington, World Bank, 1993.

los salarios de este periodo eran el doble de los de 1989), por lo que en esos años nuestra familia se situaba a 2.4 veces la LP y a 4.8 veces la LPE. Por lo tanto, se hace evidente que, desde el punto de vista del BM, era necesario, con o sin crisis, un ajuste estructural como el realizado a partir de diciembre de 1982, que evitara el desperdicio de vivir por arriba de nuestras posibilidades; de esta manera, la reducción de los salarios mínimos y de los salarios en general habría sido un gran acierto de política económica para evitar tal desperdicio. De 1989 a la fecha los salarios mínimos reales han seguido perdiendo poder adquisitivo, seguramente en consonancia con los resultados que acabamos de ver: estaban todavía demasiado altos.

En términos de la Canasta Normativa de Satisfactores Esenciales (CNSE) que desarrollé como parte de los trabajos de COPLAMAR, la LP del Banco Mundial representa el 28.9% y la de pobreza extrema, el 14.5%.²¹ La LPE del BM no alcanza para adquirir la canasta de alimentos COPLAMAR 1, representa sólo el 76.4% de ella que, como vimos antes, tiene un costo del 83% de la de CEPAL 70 y, por lo tanto, sólo el 54% de la de CEPAL-PNUD. Por esta razón, *la LPE del BM representa sólo el 41.2% de la LPE de CEPAL* La LP del BM, que es el doble de la LPE, permite adquirir, entonces, el 82.4% de la canasta alimentaria si se dedica todo el ingreso a alimentos. La LP del BM es más baja que la LPE de CEPAL-PNUD. ¿Qué significado tiene entonces la pobreza que mide el BM? Sin duda, si la pobreza que medía la LP de CEPAL-PNUD era la pobreza alimentaria tal como se la definió, ¿qué puede medir una línea de pobreza que es menos de la mitad de la de CEPAL?

Existe una amplia variabilidad de soluciones de dietas aceptables. Retomemos la canasta alimentaria COPLAMAR 1, que tiene un costo, como dijimos, de 54% de la de CEPAL-PNUD. Aquella canasta, es necesario aclararlo, contiene sólo 34 alimentos, no incluye bebidas ni lácteos (excepto leche) y no contiene alimentos consumidos fuera del hogar. La línea de pobreza del BM representa el 152.7% del costo de esta canasta, lo que significa que hogares que dediquen 65.5% de su ingreso a alimentos crudos, podrían con este ingreso adquirir la canasta COPLAMAR 1. A nivel nacional, según la ENIGH 89, el gasto en alimentos—incluyendo los consumidos fuera del hogar— representa el 32.3% del gasto total de los hogares (monetario y en especie). Por deciles, la ENIGH 89 sólo permite analizar el coeficiente de Engel del gasto monetario. Éste resulta de 56.3% en el decil 1 (el más pobre); 52% en el decil 2 y sigue disminuyendo de ahí en adelante. Es decir, que la LP del BM no mide la pobreza alimentaria, ni siquiera la de una canasta alimentaria muchí-

²¹ Julio Boltvinik. "Satisfacción desigual de las necesidades esenciales en México". Carlos Tello y Rolando Cordera (eds.). *La desigualdad en México*. México, Siglo XXI eds., 1984, pp. 17-64 (segunda edic, 1986).

simo más barata y reducida que la de CEPAL-PNUD. Desde luego, es posible construir canastas todavía más baratas que la COPLAMAR 1. Recordemos que ésta está construida con base en los hábitos alimentarios del decil 5 nacional de la encuesta de ingresos y gastos de 1977. Esto sería demasiado caro para el BM, ya que de acuerdo con éste: "el costo de adquirir alimentos suficientes para *una ingestión calórica mínima [...] puede calcularse examinando los precios de los alimentos que constituyen la dieta de los pobres*".²² Nótese primero que el BM reduce los requerimientos nutricionales a calorías, lo cual va contra todas las recomendaciones de la FAO-OMS, y segundo, que lo de la dieta de los pobres, tomado literalmente, podría significar dietas que casi se reducen exclusivamente a chile, tortilla, frijoles y sal, en México. La dieta del decil 1 nacional, los pobres, según la propia ENIGH, comprende sólo un 15.4% del gasto total en carnes, contra 34% en la canasta COPLAMAR 1. Parecería entonces que *la línea de pobreza del Banco Mundial se podría interpretar como una línea de desnutrición o línea de sobrevivencia física*. Es posible que, reduciendo el costo de la canasta alimentaria más abajo de la COPLAMAR 1, la LP del BM permitiera que una persona con ese ingreso, y dado su coeficiente de Engel, adquiriera esa dieta de pobres para cubrir sus requerimientos *calóricos*. Por abajo de ese ingreso, con casi cero posibilidades ya de encontrar alimentos más baratos, la reducción del consumo alimentario significaría desnutrición calórica. Los gastos no alimentarios son muy rígidos y difícilmente pueden reducirse. Naturalmente, si las demás necesidades quedan en un umbral de incertidumbre con la línea CEPAL-PNUD, se puede afirmar, sin temor a equivocarse, que con la del BM todas las demás necesidades quedan insatisfechas. Naturalmente, la LPE del Banco no tiene ningún sentido. Según lo antes dicho, la gente con ese nivel de ingresos debe estar técnicamente muerta. Por lo tanto, los datos del BM sobre la pobreza en América Latina, si se han de utilizar para algo, pueden usarse como indicativos de la población cuya sobrevivencia está en peligro. Los de pobreza extrema deben, de plano, desecharse.

Bajo la excusa de que las normas de pobreza son arbitrarias, el BM fija umbrales de pobreza —mágicamente separados de las necesidades humanas— que, en el caso de México, corresponden —*ex post*— a la estricta sobrevivencia física, mientras que las de pobreza extrema no corresponden a ningún nivel de vida con sentido, ya que se encuentran muy por abajo de la sobrevivencia física.

En el estudio científico de la pobreza, las normas no son arbitrarias, por el contrario, se encuentran prescritas socialmente. Una de las dificultades —y de los objetos de estudio más importantes— en el tema de la pobreza es precisamente el proceso social de

²²Banco Mundial. *Op. cit.*, p. 30. Subrayado mío.

determinación y formulación —no siempre explícita— de las normas. Una tarea fundamental del investigador sobre la pobreza es conocerlas, sistematizarlas y operacionalizarlas. El Banco elude esta tarea, ya que opina que se ha gastado mucho esfuerzo en la construcción científica de canastas básicas, cuando la definición de pobreza es, a su entender, subjetiva.

Contra esta postura, sostengo que las necesidades humanas están determinadas y normadas socialmente y que son un objeto válido de conocimiento. Puesto que el investigador puede conocer tales necesidades, no requiere incurrir en juicios de valor personales, ni arbitrariedad, para definir el umbral —o conjunto de normas— que delimitan la pobreza. Por ello, rechazo la idea sostenida por el Banco Mundial sobre el carácter arbitrario de las normas que definen tal umbral. Los argumentos que contra esta tesis esgrime Amartya Sen pueden ayudar a clarificar el problema. Después de citar la frase de Mollie Orshansky,²³ "la pobreza, como la belleza, está en el ojo de quien la percibe", nuestro autor señala que "el ejercicio [de medición de la pobreza] parecería ser, entonces, fundamentalmente subjetivo: desplegar las normas morales propias sobre las estadísticas de privación". El profesor Sen refuta de la siguiente manera:

Me gustaría argumentar en contra de este enfoque. Es importante distinguir las distintas maneras en que la moral se puede incorporar en el ejercicio de medición de la pobreza. No es lo mismo decir que el ejercicio es prescriptivo de por sí que decir que debe tomar nota de las prescripciones hechas por los miembros de la comunidad. Describir una prescripción prevaleciente constituye un acto de descripción, no de prescripción. Ciertamente puede ser, como ha dicho Eric Hobsbawm, que la pobreza "se defina siempre de acuerdo con las convenciones de la sociedad donde se presente". Pero esto no convierte al ejercicio de medirla en una sociedad dada en un juicio de valor, ni en un ejercicio subjetivo de algún tipo. Para la persona que estudia y mide la pobreza, las convenciones sociales son hechos ciertos (¿cuáles son los estándares contemporáneos?) y no asuntos de moral o de búsqueda subjetiva (¿cuáles deberían ser los estándares contemporáneos?, ¿cuáles deberían ser mis valores?, ¿qué siento yo respecto de todo esto?). Hace más de doscientos años, Adam Smith expuso el punto con gran claridad: "por mercancías necesarias entiendo no sólo las indispensables para el sustento de la vida, sino todas aquellas cuya carencia es, según las costumbres de un país, algo indecoroso entre las personas de buena reputación, aun entre las de clase inferior [...] Su falta denotaría ese deshonesto grado de pobreza en el que nadie podría caer sino a causa de una costumbre en extremo disipada..." Acaso la descripción de "necesidades" diste mucho de ser ambigua. Pero la ambigüedad de una

²³ Mollie Orshansky. "How poverty is measured", *Monthly Labor Review*, 1969, p. 37.

descripción no la convierte en un acto prescriptivo —sino sólo en uno de descripción ambigua—. Uno puede verse forzado a ser arbitrario para eliminar la ambigüedad, y en ese caso vale la pena registrar dicha arbitrariedad.²⁴

Es necesario destacar dos elementos. Primero: es la comunidad en su conjunto la que prescribe, y no el investigador, que se limita a describir —y quizás a sistematizar— tales prescripciones. Éstas constituyen hechos ciertos y toman predominantemente la forma de convenciones sociales. Aunque Sen no menciona explícitamente el papel que en tal configuración desempeñan las prescripciones de los expertos, por ejemplo, las de los médicos, es evidente que el estudio de ese papel constituye un campo importante de investigación. Segundo: la arbitrariedad que puede llegar a ser necesaria es la que se requiere para eliminar la ambigüedad de una prescripción.

4. La evolución de las variables determinantes de la pobreza por ingresos, 1970-1995

El crecimiento económico acelerado del periodo 1970-1981 estuvo acompañado por disminuciones de la desigualdad en la distribución del ingreso (funcional y familiar) y de la pobreza por ingresos, y de una notable mejoría en la satisfacción de necesidades sociales específicas. Casi como contrapunto, en el periodo 1981-1994 el estancamiento económico estuvo acompañado por aumentos en la concentración del ingreso (funcional y familiar) y en la pobreza por ingresos, así como por una desaceleración importante, pero sin retrocesos, en los avances en la satisfacción de las necesidades específicas. Estos avances, espectaculares en muchos casos en el periodo 1970-1980, continúan en el periodo 1980-1990 pero a un ritmo mucho menor.

Tres son las variables macroeconómicas determinantes del nivel de ingresos de la población trabajadora: 1) La tasa de dependencia, que expresa el número de personas que deben sostenerse con cada ocupación remunerada (o su inverso, la tasa de ocupación entendida como el número de ocupados entre la población total); 2) El producto medio por ocupación; y 3) La participación de los trabajadores en el producto medio. Naturalmente, el producto de la segunda y tercera variables es la remuneración media por ocupación, la cual al dividirse entre la tasa de dependencia (multiplicarse por la de ocupación) resulta en el ingreso *per cápita* de la población trabajadora.

²⁴ Amartya Sen, 1992, p. 314.

El contraste entre los dos periodos analizados es enorme. En el primero (1970-1981), las tres variables se mueven favorablemente para elevar el ingreso *per cápita* de la población trabajadora, mientras que en el segundo (1981-1991) dos de los tres factores (el primero y el tercero) se mueven desfavorablemente. En consecuencia, *el ingreso per cápita de la población trabajadora aumentó entre 1970 y 1981 en 54.4%, mientras disminuyó entre 1981 y 1991 en 37%.*

En el aumento del ingreso *per cápita* en el primer periodo, la mayor contribución provino del incremento en el producto medio por ocupación, seguida por la disminución en la tasa de dependencia, y con mucho menor peso, el alza de la participación de los trabajadores en el producto. Es decir, *el mecanismo básico por el cual se elevó el nivel de vida de los trabajadores fue mediante la creación de más ocupaciones cada vez más productivas. Si no hubiese habido cambio alguno en la participación de los trabajadores en el producto, el ingreso per cápita habría aumentado de todas maneras en 47.6%.*

En el segundo periodo, la variable que fundamentalmente explica el deterioro del nivel de vida de los trabajadores es la baja de la participación de las remuneraciones en el producto. Esta baja fue de 31.2%, mientras en el periodo anterior el aumento había sido de sólo 5%. En segundo lugar, pero con un peso de menos de la mitad de la variable anterior, se sitúa el aumento en la tasa de dependencia. La tercera variable, el producto medio por ocupación remunerada, siguió creciendo, lo que hubiese significado —por sí solo— un leve aumento en el nivel de vida. Es decir, *la reducción en el nivel de ingresos de la población que trabaja, se operó en los ochenta mediante una drástica baja de su participación en el producto, que significó una disminución sustancial de sus remuneraciones reales —a pesar del aumento en el producto medio. Esto fue complementado con un aumento en la tasa de dependencia resultante del estancamiento económico.*

En el primer periodo, el aumento se explica por movimientos en la economía real: el número de ocupaciones y su productividad; *en el segundo periodo, el juego de las variables reales* (disminución relativa de las ocupaciones —expresada en la tasa de dependencia— y el leve aumento de la productividad media del trabajo) *habría resultado en una disminución leve del nivel de ingresos per cápita de la población: 7.8%. Sin embargo, el cambio en el precio relativo de la fuerza de trabajo, respecto de lo cual no es inocente la política económica instrumentada, significó por sí sola una pérdida cuatro veces mayor.* El progreso técnico y la acumulación de capital explican los movimientos del primer periodo, mientras que los del segundo son casi solamente resultado de cambios en los principales precios relativos de la economía, instrumentados mediante decisiones de política económica.

Esta evidencia macroeconómica se confirma con los datos de los hogares captados por las encuestas de ingresos y gastos. En efecto, los cambios de tendencias antes

observados se reflejan en aumentos de la concentración del ingreso y de la pobreza, que contrastan con las reducciones que venían observando en los sesenta y setenta.

Cuando se analiza la evolución de la satisfacción de necesidades específicas, también se encuentra un contraste importante entre ambos periodos, pero éste es de naturaleza diferente. *Mientras en las variables antes analizadas, variables de flujo todas ellas asociadas a los ingresos corrientes de los hogares, la década de los ochenta tiene que ser caracterizada como una de empeoramiento de las condiciones de vida de la población que vive de su trabajo en materia de educación, vivienda, servicios de la vivienda, atención a la salud y de seguridad social, la década de los ochenta se caracteriza por el mejoramiento de las condiciones de vida de la población, pero a un ritmo mucho menos acelerado que en los años setenta.*

Una primera razón de esta diferencia sustancial en las tendencias de los años ochenta radica en la naturaleza de las variables analizadas. Como se dijo antes, las variables de ingresos y de ocupaciones son variables de flujo. En las variables de flujo, el nivel de hoy no está atado, fuertemente al menos, al nivel alcanzado ayer. Mi nivel de ingresos hoy puede ser cero aunque ayer haya sido muy alto. En las variables de acervo (*stocks*), el nivel de hoy está determinado en gran medida por los niveles alcanzados ayer. Las viviendas que tenían agua entubada ayer casi seguramente la tendrán hoy.

Una segunda razón se deriva de que en las necesidades analizadas predomina una *forma de acceso no mercantil*, ya sea porque domina la vía de las transferencias públicas, como en educación, atención a la salud y servicios de agua y drenaje, o porque lo hace la de la autoproducción, como ocurre con la vivienda (autoconstrucción). Las necesidades que se satisfacen por la vía de transferencias públicas, lo que constituye la porción del ingreso que se conoce también como el salario social, se comportó de manera diferente que el salario privado en la crisis. El ajuste de los servicios de educación, de salud y de servicios sanitarios no se llevó a cabo reduciendo el volumen del empleo y del servicio, sino abatiendo los salarios reales. Esto es, el número de médicos, enfermeras, maestros, no dejó de crecer y la reducción del gasto en términos reales se hizo en buena medida a costa de su salario real. Fue notable, de todas maneras, la desaceleración del crecimiento en los servicios en relación con la década anterior, y es muy probable que en muchos casos haya ocurrido una baja en su calidad.

Ante las modas de privatización de la esfera de lo social, ante los intentos de "racionalización" del gasto y de eliminación de subsidios, es conveniente anteponer esta experiencia: los niños no dejaron de ir a la escuela en los ochenta, a pesar de la pauperización de sus padres, *porque la educación es gratuita*. Las instituciones de la esfera social desempeñaron en los ochenta un papel de protección, seguramente insuficiente, contradictorio y desigual, que sin embargo es necesario valorar y defender.